



PRINCESAS DRAGÓN

La isla de las hadas pirata

Pedro Mañas



Ilustraciones de Luján Fernández



Primera edición: septiembre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Paloma Muiña
Coordinación gráfica: Marta Mesa

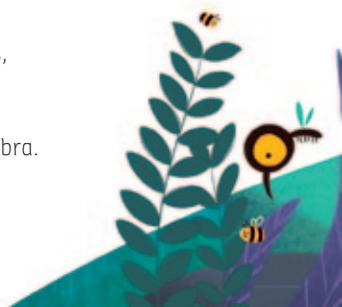
© del texto: Pedro Mañas, 2017
© de las ilustraciones: Luján Fernández, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9768-4
Depósito legal: M-21520-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





*Para la intrépida exploradora
que me acompaña en esta aventura.*

*Gracias, Luján, por dar vida y color
a los Cuatro Reinos.*







Dicen que los cuentos siempre acaban bien.
Y parece que «bien» significa que Cenicienta se casa con el príncipe.

Vale, allá ella. Pero al día siguiente, ¿qué? De eso el cuento no dice ni pío.

Quizá Cenicienta se despertó y se dio cuenta de que al príncipe le olían mucho los pies.

O de que hacía ruido al masticar las tostadas.

O de que era un príncipe aburridísimo.

Yo me llamo Bamba, no Bambanieves. No soy una princesa de fábula, sino una Princesa Dragón. Por eso no me fío de los finales felices.

También Koko terminó su libro contando cómo vencimos a Lilia, una malvada bruja de seis años. Y cómo salvamos Nánabu, la ciudad de Nuna, de las garras de su ejército de troles. Y cómo lo festejamos con un gran banquete y un dolor de tripa más grande aún.



Vale, pero después, ¿qué?

Yo te lo diré: que en unos días nos encontramos de vuelta en casa sin saber qué hacer.

Marchábamos todos por el bosque, tan contentos: Koko, Nuna, el príncipe Rosko, yo y nuestros dos dragones blancos, Gumi y Migu.

-¡Princesas Dragón! -gritaba yo cada dos por tres.

-¡Molan un montón! -aullaban ellos, espantando gorriones.

Y así hasta toparnos con las ruinas de nuestro árbol.

De pronto me desinflé como un gran globo rosa.

Si tienes buena memoria, recordarás que los troles, hechizados por Lilia, lo habían arrasado. Ya no era más que un tronco sobre un campo de boñigas secas.

-¿Y ahora? -murmuré.



Nuna despegó, se puso las manos en la cintura y pronunció una de las palabras más horribles que conozco. Casi tan horrible como «Lilia» o «brócoli».

¡A LIMPIAR!



Santo Jabalí. Ahora, más que desinflada, sentía que me habían pinchado con un alfiler.

¿Acaso a Cenicienta la habían puesto a limpiar el palacio?

–¡Oye! –protesté–, ¡que somos las Princesas Dragón!

–Exacto, Bamba, Princesas Dragón –repuso ella, dedo en alto–. No Princesas Mofeta. Aquí huele que apesta.

Rosko se tapó la nariz en señal de aprobación.

–Pe-pero... –tartamudeé–. Koko, ¿tú no creerás que...?

En aquel instante sucedió algo que debería figurar en los libros de historia de los Cuatro Reinos:

¡Koko le dio la razón a alguien!

Y fue a ellos.

–Hay que arreglar esto –gruñó–. Y levantar un nuevo refugio.

Vaya tardecita. Retiramos ramas tronchadas, apilamos hojas muertas y fregamos la hierba hasta que la luna remontó las copas de los árboles.

Entonces me di cuenta de que las boñigas que recogía ya no eran de trol, sino de dragón.

De dragones.

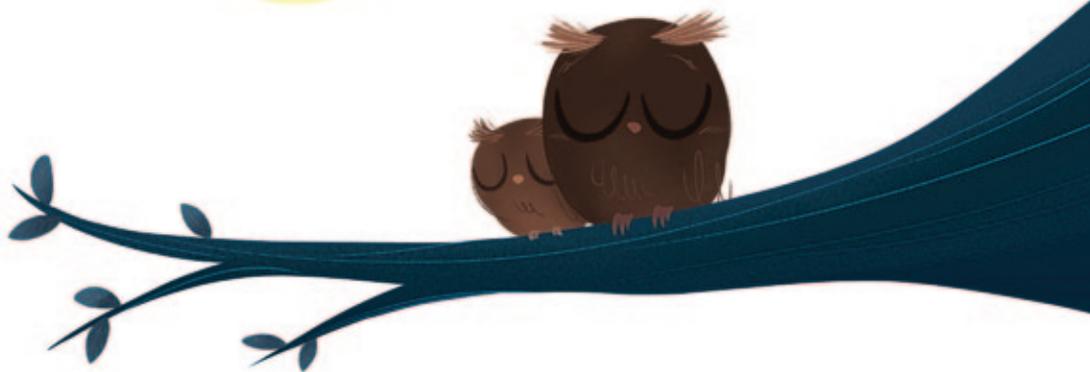
De dragones gemelos.

–¡Gumi y Migu! ¡Cochinos!

Al fin nos tumbamos a dormir, pensando que lo peor había pasado ya.

Pues fíjate que no había hecho más que empezar.





Me desprecé con los ojos cerrados y di media vuelta en mi colchón de hojas secas.

Las gotas de rocío me hacían cosquillas en la nariz y los pájaros parloteaban.

Pero, en vez de «pío, pío», cuchicheaban «¡es ella, es ella!».

Un momento.

Abrí los ojos.

Seis o siete aldeanos me rodeaban, con cara de locos.

–¡Es ella! –repetían–. ¡Es la princesa rosa!

–¡Sí, es Bomba!

–¡Ya es nuestra!

Por un segundo creí estar soñando. Confundida, me senté para frotarme los ojos. Mamá dice que así se van las pesadillas.



Pues más que irse, venían, porque aquellos chiflados estaban cada vez más cerca.

–¿Qué... qué... qué queréis? –tartamudeé–. Apartaos. ¡Lo digo en serio!

Y ellos, en vez de responder... ¡se abalanzaron sobre mí!

Aquello se convirtió en un confuso torbellino de brazos, piernas, ojos y narices.

Vamos, que si no me llego a colar a gatas entre las pantorrillas de una aldeana, me chafan.

Sin embargo, gracias al jaleo, pude ponerme de pie y mirar alrededor.

¡Nuestro campamento estaba siendo atacado!
Pero era un ataque muy... raro.



A Nuna la tenía secuestrada un grupito de histéricos campesinos. Ellos la agarraban de un pie y ella trataba de huir volando. Y enfrente... ¡un pintor los retrataba!

–Decid «patata» –repetía, agitando su pincel.

Koko, confundida, empuñaba su espada y su escudo contra un grandullón que blandía una pluma y un pergamino.

–¡Fírmame aquí, princesa negra! –aullaba el muchacho.

A Rosko lo perseguían dos crías que querían llevarse de recuerdo la pluma de su gorro.

Otros les daban de comer piedrecitas a los dragones como si fueran monos del zoo.

Me volví hacia los aldeanos, que se acercaban alargando los brazos como muertos vivientes. Vivientes... y sonrientes.

-Dame un beso -babeaba una.

-Dame un abrazo -añadía otro.

-Dame un rizo de tu pelo, Bomba.

-¡¡¡Que me llamo Bamba!!! -chillé.

Y, al hacerlo, solté tal llamarada que casi los tueste como una bomba de verdad.

Entusiasmados, los muy mentecatos volvieron a la carga:

-¡Oh, chamúscame, Bamba!

-¡A mí primero!

-¡No, a mí!

Ay. Me estaban rodeando de nuevo.

-¡Princesas Dragón! -chillé, sudando-. ¡Escapad del mogollón!

